

en su carácter hay la tendencia filosófica introspectiva, poderosamente subjetiva, del alemán, la actitud altiva y caballeresca del español y la melancolía lánguida del aborigen, de la raza vencida.

Revela nuestro autor un cuidado superfluo del estilo que se manifiesta en retorcimientos y trasposiciones de frases, en cierta acentuación, y énfasis en los detalles y accesorios y en un exceso de puntuación. Estos vicios dificultan la lectura, la complican sin añadirle belleza ni agrado. Con tanta puntuación la frase va cojeando y tropezando. Dan deseos de recoger comas y puntos al lote, como quien retira piedras de un terreno antes de sembrarlo. Seguramente Koenenkampf usa el máximo de puntuación que prescribe la gramática, llega a la saturación. Como todas las leyes, las de la gramática y particularmente las de la puntuación no pueden permanecer inalterables a través de los siglos. La puntuación sólo señala las pausas necesarias para comprender. A medida que la mentalidad se agiliza con el ejercicio constante, se va necesitando menos puntuación. A buen entendedor pocas palabras y poca puntuación. El lee y entiende de corrido.

En resumen, «Geografía santa» es un libro en que prevalecen las cualidades sobre las deficiencias y que ha cerrado dignamente el año literario. Ojalá el autor adquiriera mayor naturalidad y soltura, trate de conservar el gracejo de las conversaciones populares y se preocupe de destacar con más vigor a sus personajes. Quisiéramos también verlo echar a volar con más libertad la imaginación, para crear tipos y situaciones más intensos.—D. PERRY B.

<https://doi.org/10.29393/At139-12GKLC10012>

LOS CONUQUEROS, novela por *Julio Ramos*. Tipografía Americana, Caracas.

Con una trama de gastado fondo romántico *Julio, Ramos*

nos ha tejido una novela entre descriptiva y costumbrista de los rincones andinos de Venezuela. ¡Hermoso rincón, el fotografiado en la viñeta inicial del libro!

Pero la novela no es tan hermosa. De una visualidad un tanto limitada y de un costumbrismo un tanto cotidiano y raso, no llena el ancho hueco que el exordio, tan gráfico, abrió en nuestra propia imaginación. Se ve que el autor de «Los Conuqueros» quiso hacer, deliberadamente, una novela documental de los campesinos de su tierra: cortó con medidas bien tomadas, el rico paño que tenía por delante, y lo cosió bien; pero, ni el corte fué muy airoso ni el hilo muy sutil. Y le resultó una novela bien hecha, es cierto; con la apariencia, mas sin la naturalidad campesinas. Y con cierto sabor a Tratado de Agricultura Práctica.

Algo de teatral y de dislocado tienen, a nuestro parecer, los personajes de este libro, y algo de retablo, el paisaje. En los primeros, hay pujos de efectismo que no convencen, y el paisaje, circunscripto y como despegado, parece yuxtapuesto expresamente para el desarrollo de las escenas. Y paisaje, escenas y personajes no logran formar bien el ambiente.

Se mueve la acción en una intriga simple y muy correlativa, en que la falta de técnica afecta no sólo a las escenas sucesivas, sino también a la estructura dorsal de la novela. Y el diálogo, sin variadas complicaciones y con demasiada ingenuidad, es demasiado campesino, es decir, es afectadamente campesino. Consecuencia acaso del plan premeditado de la obra. O de las condiciones estéticas del autor.

Ramón Léal, el héroe principal de esta novela es un mozo de Curarigua, parrandero y holgazán. Y enamorado. Enamorado de su prima Marcolina, guapa hembra, huérfana también, como él, de quien cree que no es correspondido. Por eso—dice él—no trabaja. Reconvenido cada día por Marcolina y por el tío Gabriel, se decide al fin, con la esperanza de lograr el amor de la moza, a trabajar empeñosamente, y funda un conuco (especie de

huerta o chacra) en los mismos terrenos que cultivara antaño su padre y que le cede ahora a él el generoso don Ruperto Fernández, dueño de la hacienda. Y aquí viene el desarrollo intencional de la novela. Unos tras otros, cronológicamente, se van describiendo en capítulos sucesivos los trabajos del conuco, desde el roce inicial de la maraña hasta la cosecha, opima. Entreveradas a estas descripciones, vienen las escenas campesinas, en las que el autor da a conocer al lector, costumbres y peculiaridades características de la región. Pero todo esto lo sostiene la trama romancesca, o sea, el amor esperanzado del joven conuquero por Marcolina. Marcolina, a pesar de cierta promesa, es una incógnita, al menos para Ramón. A mitad de la novela, llega por ahí el eterno intruso, Fermín Fernández, quien agasaja a Marcolina y excita los celos de Ramón. Es un estudiante de medicina, en Caracas; y el autor le trae, débil y con todos los signos algidos y manifiestos de la sífilis a cuestas, a holgar por unos meses en la hacienda de su padre, antes de haberle hecho curarse en las clínicas de Caracas. Viene a holgar y a llenar el hueco de la intriga. Después de algunas peripecias y alternativas en la obra, muere trágicamente Fermincito, en unas toreaduras, y Marcolina le llora desconsolada. Prueba irrefutable para el celoso Ramón de que su prima amaba al estudiante y de que, por supuesto, no le quiere ni le querrá nunca a él. Y decide partir bruscamente y abandonar el fructífero conuco. Pero, al despedirse de Marcolina y decirle al fin por qué se va, ésta le desengaña: ella quería a Fermincito, es cierto; pero ella le quería como a hermano, porque... era su hermano. Ella no es hija del cura que se ha huído a España, como se ha creído; ella es hija de don Ruperto Fernández, el padre de Fermín, secreto que nadie sabe, por temor a la venganza del tío Gabriel. En cambio, a él, a Ramón, le ama y le ha amado siempre...

Y aquí termina la novela y principia la felicidad del héroe.

Y aquí, nosotros, que no podemos alabar incondicionalmente los méritos de esta novela, reconocemos sí las indudables

dotes intelectuales del autor. (Dotes que, en otro género, habrían sido quizá más fructuosas que el conuco de Ramón Leal). Reconocemos también los nobles propósitos de Julio Ramos al querer materializar, o mejor, idealizar, en esta novela las bellas cosas de su terruño. Logró por lo menos esbozar algunos personajes con designios de medallón, como ese «ño» Gabriel, o el zambo Perico, o el mismo Ramón Leal. Pero les faltó acaso soltura, como le faltó el ambiente, a pesar de la abundante nomenclatura, color; el color que fluye de adentro, de las jugosas fibras de la sensibilidad afinada.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

EL PRIMER HIJO, por *Luis Durand*.

El estímulo municipal de 1934, señaló la paciente y efectiva labor de Luis Durand, al premiar su novela «Mercedes Urizar», con la recompensa anual.

Como ha quedado en repetidas ocasiones enunciado por los miembros del jurado municipal, el objetivo que se persigue al conceder estos premios es doble: se quiere señalar, de una parte, la obra enviada, y, de otra, la labor integral del autor en las letras nacionales como representante de tal o cual género. Dicho en otros términos: el libro presentado al concurso no es más que el pretexto para señalar su labor por su genuina calidad representativa dentro de nuestras letras, amén de los merecimientos artísticos individuales que él pueda tener.

Quedaba subentendido, pues, al premiar la obra de Durand que este autor había realizado durante algunos años, una labor en tal sentido interesante dentro de nuestras letras.

Pero la crítica de entonces no fué unánime al analizar los merecimientos del autor premiado. Le acometió parapetada en un estrecho personalismo venialmente teñido de intelectualismo, señalando deficiencias de estilo y de gramática, sin colocarse